

ria moderna sobre las ondas de aquel gran diluvio; la existencia de las tribus salvajes, perdidas en las selvas de la joven América; la antigua tierra de Pensilvania, bien pronto dividida é individualizada por la energía de la democracia norte-americana; la sociedad del Paraguay, dormida como un niño en el profundo sueño de los sentidos y envuelta como un feto en las entrañas de la naturaleza; todo cuanto ha roto el genio de la libertad, todo cuanto ha dejado á lo lejos la incontrastable corriente del progreso.

¿Quién le había de decir al trabajador europeo, tan pagado de su moral superioridad y tan creído del atraso ruso, que en las estepas debía brotar el ideal de su emancipación? Bakounine es un moscovita, y en su alta estatura, en sus ojos tártaros, en su gracia y ligereza eslava, parece reunir como en compendio todas las razas y todas las gentes de su informe y vasta tierra. Su aparición verdadera fué en el Congreso de Berna, segundo que celebraba la democracia europea. Allí quería imponer á los pueblos occidentales como dogma religioso el ateísmo, como ciencia la filosofía materialista, como principio de moral la utilidad, como principio de estética el realismo, como ideal político la destrucción de todo Estado, como ideal económico la antigua tribu rusa. Era su palabra fácil y abundosa; su francés claro, graciosísimo; y en la construcción sintáctica, perfecto. Luchaba con ardor y circuido de una gran turba de discípulos. Todavía, me parece estar viendo á uno de ellos, flaco y pálido como la muerte, febril como la tisis, erguido como una sombra sobre la tribuna, demandando á roncós gritos, que salían como gemidos de un pecho roto y de un pulmón destrozado, la proclamación del ateísmo como doctrina oficial, y el compromiso de destronar á Dios, de perseguir á todos sus sectarios, aunque fuese por el hierro y el fuego, si se quería destruir á los reyes y perseguir á sus cortesanos.

Allí el jefe de la democracia rusa amenazó

á la democracia occidental con separarse de ella, y combatirla á muerte, si no admitía sus principios. Aun recuerdo el calor, el entusiasmo, la elocuencia con que el ilustre Chandey, redactor del *Siecle*, testamentario de Proudhon, propagador de la doctrina republicana, gran demócrata, mártir ilustre de la democracia parisiense, anatematizaba todas estas utopías y combatía todas estas insensateces. Aun recuerdo la votación larga, solemne, porfiada, nutridísima, en que las ideas rusas fueron inapelablemente condenadas. Aun recuerdo el despecho, la ira de Bakounine, las advertencias con que nos conminó, las amenazas que osó dirigirnos, el siniestro resplandor de su elocuencia, la amarga y contraída sonrisa de sus labios, la maldición sobre todos nosotros y sobre todas nuestras ideas.

Y la amenaza se cumplió tristemente. Aquel juramento, parecido al de Annibal, tuvo consecuencias funestas. El comunista ruso no paró hasta que no hubo completado la doctrina del comunista alemán. Marx aun admitía el Estado como un organismo necesario, Bakounine no. ¿Qué le importa el Estado á quien vive en aquella inmensa ergástula de pueblos llamada Rusia? Lo que él quiere es una aglomeración de municipios comunistas que se extienda desde la bahía de Cádiz hasta los montes Ourales. La concurrencia económica, que es una ley de la sociedad, como la concurrencia vital una ley de la naturaleza, esa lucha de las diversas aptitudes, esa competencia de los trabajos diversos, desaparece en una inmovilidad cercana á la muerte. La propiedad individual, que es como la extensión de nuestro ser, como la raíz por donde nos unimos á la tierra, desaparece en el bárbaro comunismo. El derecho de testar se borra. Ya el individuo no podrá comenzar una de esas obras que requieren el concurso de otras generaciones. Los seres pasarán fugazmente sobre la superficie de la vida, dejando el breve círculo que la piedra arrojada á las

aguas. El Padre no podrá morir en paz, seguro de que sus economías y sus ahorros servirán á sus hijos. El heredero universal será el municipio. La madre misma no lactará ni edacará á sus criaturas. El ministerio divino que le han dado de consuno la sociedad y la naturaleza, se reemplazará por una escuela implacable, sin cariño y sin prevision, sin lágrimas y sin oraciones, fría como la indiferencia, fatal como una máquina, que forje seres mecánicos, destituidos de toda originalidad é incapaces de toda grandeza.

He ahí la idea que se formula, ¡ah! la idea que se propaga como un ideal de redención por la democracia rusa en la democracia europea. Así el moscovita se apartó por completo de los congresos de republicanos y se fué á buscar los congresos de trabajadores. Todo movimiento político, cuyo objeto fuese emancipar la democracia pura, le contrariaba y le hería. Al comienzo de la revolución española, mandó á nuestra patria dos jóvenes propagandistas, encargados de contrariar toda aspiración política y de sostener como único panacea los principios de la Internacional. Sus agentes, sus ministros fueron arrastrados en el movimiento universal de España; y él los repudió por creerlos sobradamente republicanos. Llevado, pues, de estas grandes supersticiones logró que una asociación de trabajadores de Lyon le confriera sus poderes para presentarse en el cuarto Congreso de la Internacional que fué ya el Congreso más exagerado y más utópico. Entre aquellos trabajadores exaltadísimos deslizó su funesta idea. Nada de revoluciones políticas, porque las revoluciones políticas sólo sirven para elevar á las clases medias. Nada de sociedades cooperativas porque las sociedades cooperativas, sólo son leve paliativo y no radical remedio. La fórmula del progreso es la liquidación social: suspender en día dado toda la vida, cortar el curso de todos los intereses, expropiar á los propietarios, destruir los límites que separan un pa-

trimonio de otro patrimonio, un campo de otro campo, apoderarse de las máquinas, de los talleres, de las fábricas y ponerlo todo en acervo común para que sea exclusiva posesión de la colectividad. Lo más extraño del caso era que para atenuar lo horrible del proyecto, añadia, que las expropiaciones podrían hacerse bajo indemnización. Pero si despojaba á todos ¿con qué los indemnizaba? O esa indemnización era un sueño ó tenía que devolverles lo mismo de que les había despojado. Así, algunos más moderados proponían otra logomaquia, proponían que los contratos de arrendamiento se convirtieran en contratos de venta. En diez años el inquilino de una casa debía quedarse con la propiedad, y el arrendatario de un campo con el campo. Pero ¿y el interés del capital? Al fin y al cabo, como todo en la tierra es aire condensado, todo en la sociedad es trabajo condensado. El capital y la propiedad no son más que la condensación del trabajo. Es verdad que puede adquirirse mal la propiedad, pero también es verdad que la miseria no depende muchas veces de las leyes económicas y sociales, sino de la responsabilidad individual: que el hombre es en cierta medida autor de su existencia.

Al fin el Congreso de trabajadores aceptó las ideas moscovitas y puede decirse que desde aquel punto y hora hizo retroceder de una manera espantable la causa de la democracia europea y el triunfo definitivo de la República. Uno de los mayores males que esa doctrina trae, es la indiferencia por el problema político, es decir, por el problema esencial á nuestro tiempo. Mientras no hayais adquirido los derechos naturales, que son como la luz y como el aire, no penseis en las últimas consecuencias de estos principios, en la redención económica de los pueblos. Mientras no hayais dado á la sociedad la forma que le corresponde, su organismo propio, la República, no penseis que pueda llegar á su verdadera plenitud la democracia. Y es necesario conocer los lí-

mites del progreso humano, como es necesario conocer los límites de la humana inteligencia. Desvariado llamaríais á quien se propusiese burlar el principio de contradicción que reina en los cielos y en la tierra. Y desvariado debe llamarse al que intenta destruir el Estado en sí, órgano necesario de la sociedad, y al que intenta destruir la propiedad

individual, necesaria dilatación de nuestro sér. Cuando tan lento es, y tan penoso el trabajo de renovación social, cuando tanto se necesita poseer un luminoso ideal y contar con las tristes asperezas de la realidad, escribir una utopía, es dar al pueblo por bandera una sombra.

CAPITULO XIX.

LOS GRANDES CRÍMENES.

La historia contemporánea no presenta en sus anales año tan funesto como el año de 1870. Cada vez que la memoria se convierte á sus recuerdos, se estremece de dolor el corazón. Necesitaríase la elocuencia de Bossuet para trazar esta fúnebre epopeya en que resuenan por todas partes los cánticos apocalípticos de los ángeles exterminadores mensajeros de las venganzas celestes.

Abrese en el proceso del asesino Troppman, proceso iniciado en 28 de Diciembre de 1869. En las puertas de aquel París tan celado por a policía imperial, donde apenas era posible respirar á los que soñaban con la libertad; infame jóven, aborto del infierno, extermina á una familia entera, á débil mujer, á pobres niños, para quedarse con su mezquina hacienda. Y sin que tanto esbirro lo sepa, puede llevarlos en coche de alquiler á un huerto de Pantin, descenderlos uno á uno, herirlos con sus instrumentos de matanza, rematarlos, enterrándolos en grandes hoyos durante toda una horrible y siniestra noche de tormentas. Parecía que el cielo trataba de

llenar con horrores excepcionales el comienzo de este año de horror. Así los ánimos estaban entristecidos, apenados cual si presintieran la catástrofe. Sólo un hombre había verdaderamente risueño en la tristeza universal, Emilio Ollivier. Acababa de fundar su Imperio liberal, de componer su ministerio parlamentario, y se sonreía á la esperanza de una reconciliación segura entre la democracia y el César. No contaba con que su política sólo podía afirmarse en la paz, y con que la naturaleza del cesarismo, naturaleza de fiera de los bosques, lo llevaba indefectiblemente á la guerra. Al ver los antiguos doctrinarios desertar de la monarquía de Luis Felipe; el austero Guizot pasar á ser su cortesano; Thiers vacilando; Paradol admitiendo una embajada; imaginaba hecho el milagro, convertida la dictadura cesarista en monarquía á la inglesa. ¡Inocente!

Corría el 10 de Enero de 1870. El Cuerpo Legislativo estaba lleno de bote en bote. El Profeta de la nueva monarquía liberal trataba de sus ideas, de sus ilusiones, de sus espe-